

No.
43**Teoría
y Praxis**
*Revista de Ciencias Sociales
y Humanidades.*

ISSN 1994-733X e-ISSN 2707-7411, Editorial Universidad Don Bosco, año 21, No.43, Vol. 2, Julio-Diciembre de 2023, pp.15-40

ISSN 1994-733X e-ISSN 2707-7411, Editorial Universidad Don Bosco, year 21, No.43, Vol. 2, July-December 2023, pp.15-40

Recordar lo que no se vivió: jóvenes, comunidad y memorias del conflicto armado salvadoreño¹

Remembering what was not experienced: Young people, community, and memories of the Salvadoran armed conflict

Fernando Chacón Serrano²
María José Reyes Andreani³

Resumen

Este artículo se interroga sobre cómo los(as) jóvenes de una comunidad desplazada construyen las memorias del conflicto armado de El Salvador (1980-1992), a pesar de no haberlo vivido. Desde una perspectiva cualitativa, mediante relatos de vida y foto-elicitación, se trabajó con diez jóvenes, quienes nacieron después del fin del conflicto armado en Nueva Trinidad, una comunidad al norte de El Salvador, desplazada por operativos militares y reconstruida por exrefugiados y excombatientes de la guerrilla. Se evidencia en los(as) jóvenes la construcción de memorias propias a través de los mecanismos de la imaginación y la empatía, siendo central en ello los relatos fragmentados que familiares y vecinos les han transmitido en una cotidianidad comunitaria que constantemente remite al conflicto armado.

Palabras clave: memorias sociales, conflicto armado, jóvenes, comunidad, El Salvador

¹ El presente artículo está basado en parte de los resultados del estudio “Construcción de memorias sobre el conflicto armado de El Salvador en jóvenes de una comunidad desplazada”, financiado por el Proyecto FONDECYT n° 1161026 “Memorias locales y transmisión intergeneracional: estudio de caso de un barrio crítico en Santiago de Chile”.

² Maestro en Psicología Comunitaria, Universidad de Chile; Profesor universitario, investigador y psicoterapeuta radicado en El Salvador. Correo electrónico: nfchacon@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8637-3403>

³ Doctora en Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona; Profesora del Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, y miembro del Núcleo de Investigación “Vidas cotidianas en emergencia: territorio, habitantes y prácticas” de la misma Universidad. Correo electrónico: mjrandreani@u.uchile.cl. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1874-9031>

Abstract

This article explores how young people living in a displaced community configure memories of the armed conflict in El Salvador (1980-1992), despite never experiencing it. From a qualitative perspective, through life stories and photo-elicitation, ten young people were recruited to participate, who were born after the end of the conflict in Nueva Trinidad, a community in the north of El Salvador, displaced by the military and reconstructed by ex-refugees and ex-combatants of the guerrilla. It was observed that the participants constructed memories of their own through imagination and empathy, grounded in the fragmented narratives that relatives and neighbors convey to them during the everyday life of their community, which constantly alludes to the armed conflict.

Keywords: social memories, armed conflict, young people, community, El Salvador

En el marco de conflictos armados y dictaduras latinoamericanas durante el siglo pasado, uno de los problemas que las Ciencias Sociales ha debido enfrentar es la construcción de memorias de pasados de violencia, siendo en la última década acuciante su abordaje desde una mirada intergeneracional. Los trabajos producidos en el Cono Sur se han vuelto pioneros para la región al ofrecer nuevas formas de interrogar al pasado y su herencia (Achugar et al., 2013; Cornejo et al., 2013; Faúndez Abarca y Hatibovic Díaz, 2016; Jara, 2016; Jelin y Sempol, 2006; Reyes et al., 2015; Reyes et al., 2016; Castillo-Gallardo et al., 2018, entre otros). Sin embargo, escasamente cruzan en sus análisis el nivel local, es decir, las prácticas, los discursos, los marcos interpretativos, las relaciones de poder que se generan en un particular territorio (Del Pino y Jelin, 2003), cuestión fundamental si se asume que el “mundo próximo” (Heller, 1970) condiciona las formas de hacer memoria. Y menos aún, profundizan respecto a los procesos y mecanismos a través de los cuáles se generan los sentidos del pasado potenciados por dicha conjunción.

En la región centroamericana, con una historia reciente de conflictos armados, las investigaciones sobre la transmisión de memorias y las nuevas generaciones han sido más bien escasas, mientras que el análisis local ha estado completamente ausente. Es más, para el caso salvadoreño, y en particular en el campo de la Psicología Social, los estudios de memoria han ido disminuyendo con el paso del tiempo (Gaborit, 2006a, 2006b; Montalvo, 2006; Orellana, 2005; Portillo, 2005), posiblemente por la urgencia de abordar otras problemáticas en posguerra, como los altos niveles de violencia social vinculada al pasado de guerra (Hume, 2008), y una marcada migración irregular hacia Estados Unidos, fenómenos que afectan en mayor medida a la juventud (Gaborit et al., 2012).

Hace más de 25 años se produjo el cese formal del conflicto armado de El Salvador (1980-1992), uno de los más largos y sangrientos de la historia reciente en Latinoamérica. Este fue protagonizado por las Fuerzas Armadas en defensa del gobierno y la oligarquía, y la guerrilla “Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional” (FMLN). De él sobresalen alrededor de 75 mil personas fallecidas y medio millón de desplazados, sumado a secuelas económicas, políticas y psicosociales (Krämer, 2009).

El conflicto armado no afectó a todo el país por igual. Los estragos fueron mayores en las comunidades rurales al sufrir operativos de “tierra arrasada”, dirigidos a destruir y desarticular el apoyo por parte de la población campesina a la guerrilla, lo que significó numerosos desplazamientos forzados. Al término del conflicto armado, estos espacios devastados fueron reconstruidos por población proveniente de los campamentos de refugiados establecidos en Honduras (Krämer, 2009). En la actualidad, estas comunidades recuerdan el pasado de violencia vinculándolo fuertemente a su identidad comunitaria (Lara Martínez, 2018; Ospina, 2010).

Las nuevas generaciones que habitan estos territorios han venido interactuando en lo cotidiano con personas que vivieron de manera directa el conflicto armado, con instituciones transgredidas como la familia, escuela o iglesia, y con espacios que fueron escenarios de violencia como la plaza central de la comunidad. Se vuelve pertinente, entonces, interrogarse sobre los mecanismos a través de los cuales construyen las memorias de dicho conflicto desde su experiencia de habitar una comunidad que fue gravemente afectada, principalmente, por el desplazamiento forzado. Dicha interrogación es relevante, pues centrarse en la construcción de memorias de los(as) jóvenes permite comprender a quienes suelen invisibilizarse por no haber vivido en primera persona el conflicto armado, pero que, a su vez, están llamados a dar continuidad, interrogar y/o transformar a su propia comunidad. También, porque recordar comunitariamente promueve una recuperación socioafectiva de personas y comunidades afectadas por la guerra, lo que favorece la reparación del tejido social. Y, por último, porque promueve nuevos proyectos colectivos, junto con el reconocimiento de la dignidad de los(as) sobrevivientes y su sufrimiento (Gaborit, 2006b).

Memorias sociales y comunidad

Desde la propuesta de Vázquez (2001), se considera a la memoria como proceso y producto histórico, social y contextual, que construye narrativamente acontecimientos pasados otorgándoles sentido. De este modo, la acción de hacer memoria posibilita una articulación del pasado y el presente a partir de construir y resignificar los acontecimientos, lo que confiere continuidad a la realidad social. A esto se suma una proyección a futuro, es decir, expectativas configuradas en el presente que también condicionan las experiencias y la memoria misma (Jelin, 2012). En resumidas cuentas, el presente, a partir del orden social vigente con sus normas y valores, ofrece condiciones de posibilidad para la emergencia de ciertas memorias, silencios y olvidos, lo que a su vez contribuye a la reproducción, interrogación e incluso resistencia de un determinado orden social (Vázquez, 2001).

En este proceso de construcción de memoria, el lenguaje juega un rol clave. Según Vázquez (2001), este es constitutivo de la memoria y la dota de su dimensión social, pues permite la articulación de las relaciones sociales. Así, la memoria se volvería una narración construida en el presente que propiciaría la experiencia de continuidad de los acontecimientos, precisamente, mediante la conexión de estos de forma discursiva y argumentativa. En esa línea, Dobles (2009) expone que “en el centro de este aspecto narrativo de las memorias estará la configuración de la trama” (p. 136), la que permite que la memoria sea un relato comunicable, con cierto grado de coherencia (Jelin, 2012). En ese sentido, la trama implicaría un conjunto de combinaciones a través de las cuales lo que aconteció se vuelve historia (Ricoeur, 2000). De allí que dicha combinación incluya escenarios, personajes, actos e intrigas que posibilitan la constitución de una narración (Cornejo et al., 2013).

Ahora bien, la construcción narrativa de la memoria está íntimamente relacionada al espacio desde el cual se realiza. Para el caso salvadoreño, las comunidades rurales se constituyen en espacios privilegiados para indagar en las memorias del conflicto armado, en la medida que fueron escenarios protagónicos para su despliegue. Dichas comunidades hacen propio el espacio, definiendo con ello límites físicos y simbólicos guiados por los objetivos de la colectividad. Además, “los límites de ese nosotros

están materializados desde un momento originario, a partir de un acontecimiento que hace las veces de mito fundacional” (Silva, 2014, p. 26). Para el caso de las comunidades salvadoreñas, este remite al conflicto armado.

La narrativa identitaria de la comunidad está basada en un proceso de memoria, pues lo que es la comunidad está ligado a las experiencias del pasado, a las cuales recurre para legitimarse en el presente. De allí que surja también la necesidad de tradiciones y conmemoraciones, acciones de las que se valen para experimentar la idea de continuidad en el transcurrir del tiempo (Raposo, 2012). Al respecto, se ha observado que, en espacios atravesados por acontecimientos violentos, existen esfuerzos por organizar el tiempo a través de la conmemoración de fechas especiales, y la marcación de lugares significativos como los murales, pretendiendo que el pasado esté “siempre presente” (Raposo, 2012). Asimismo, Silva (2014) identifica que en las comunidades campesinas hay una obligación ética de recordar a sus antepasados y su legado.

Lo anterior pone de manifiesto particularidades en el proceso de hacer memoria en comunidades ancladas a un territorio, donde se teje una narrativa del pasado que da sentido a lo acontecido allí. Con esto no se descarta una puesta en tensión con narrativas hegemónicas, vinculadas a un discurso oficial con tendencias homogeneizadoras. De allí que la construcción de memoria sea un elemento de resistencia enfocado “en la reconstitución de un pasado social y políticamente necesario para el presente” (Silva, 2014, p. 28). Y no solo eso, según Jelin (2012), tiene un rol significativo en el fortalecimiento del sentido de pertenencia, pues la referencia a un pasado común crea sentimientos de autovaloración y confianza individual y colectiva.

Construcción de memorias en las nuevas generaciones

Ahora es preciso preguntarse por la participación, en la construcción de memoria, de aquellos que no vivieron el pasado que se recuerda. Al respecto, la noción de experiencia, propuesta por van Alphen (1999), permite comprender el hacer memoria de lo no vivido, ya que se estipula que la experiencia depende del discurso, es decir, tiene una mediación lingüística, y no una subordinación directa al acontecimiento; a partir del discurso se configura lo que se piensa y se conceptualiza del evento, se le da

un sentido. En relación con lo anterior, la experiencia de trauma consistiría en la imposibilidad de darle sentido al acontecimiento, esto es, construirlo discursivamente, lo que llevaría a la dificultad de hacer memoria del mismo (Aranguren, 2008; van Alphen, 1999).

Vázquez (2001) respalda lo anterior cuando expresa que la experiencia es “entendida (...) no solo como vivencia directa, sino también como legado activamente transmitido e incorporado a nuestras relaciones e interpretaciones de la sociedad” (pp. 29-30). Es decir, lo experimentado puede ser transmitido en las relaciones sociales, porque no depende de la vivencia directa del acontecimiento, y esa transmisión se produce gracias a la intervención del lenguaje, el cual, a su vez, articula las relaciones sociales mismas. Entendida así la dinámica de la memoria, los sujetos que no vivieron el evento también pueden construir su propia narrativa del pasado, potenciando o bien cuestionando memorias oficiales, e incluso, instalando memorias contrahegemónicas (Aguilar-Forero, 2017).

Estos planteamientos sintonizan con la noción de postmemoria propuesta por Hirsch (2008), a propósito del Holocausto. La postmemoria hace referencia a la relación de transmisión de conocimiento y experiencias entre una generación que atestiguó un acontecimiento violento (primera generación) y aquella que no (segunda generación), donde esta última recuerda experiencias transmitidas en historias, incluso imágenes y comportamientos. Además, su memoria posee características de imaginación, proyección y creación, lo que refleja, siguiendo la lógica expuesta, un proceso de re-construcción propio. Hirsch (2008) enfatiza la esfera familiar de la memoria, donde la conexión entre generaciones es fuerte, afectiva e íntima. Pero no descarta que “incluso el más íntimo conocimiento familiar del pasado es mediado por imágenes y narrativas públicas disponibles ampliamente” (p. 112).

Las dinámicas particulares de memoria en nuevas generaciones también se evidencian en investigaciones latinoamericanas. Para el caso de Chile y la memoria de la dictadura, se identifica que estos sujetos resaltan la importancia de revisar y aprender del pasado violento, además de sumarse a la condena por las violaciones de derechos humanos, independientemente de su ideología política (Arnosó et al., 2012; Cornejo et al., 2013).

Asimismo, generan nuevos discursos y prácticas con la narración del pasado como referente de acción del presente (Reyes et al., 2015). Además, pueden experimentar un “estigma familiar” el cual crea escenarios de vergüenza y miedo, y al mismo tiempo de orgullo; no obstante, hay una necesidad de buscar huellas de reconstrucción de su pasado, pero diferenciándose de sus antecesores (Jara, 2016).

Para Castro (2007), la injerencia del evento violento en la vida de las nuevas generaciones se da a partir de un proceso de socialización por instituciones sociales (familia, escuela, etc.) afectadas durante ese pasado. Estas transmiten actitudes, valores, modos de comportarse que cada sujeto asume como propio y actúa en consecuencia. El estudio de Voigtländer (2016) en El Salvador refuerza la idea, al trabajar con jóvenes hijos(as) de exguerrilleros y su memoria del conflicto armado. A la hora de hacer memoria, los discursos de los(as) jóvenes están caracterizados por una fuerte idealización de la guerrilla y su lucha armada, condicionados a su contexto que les provee de relatos familiares y comunitarios de manera abundante. Aunque el énfasis no está puesto en lo territorial, deja al descubierto que no es lo mismo recordar desde y sobre una comunidad que fue afectada, donde en lo cotidiano hay una fuente constante de relatos y marcas que narran sobre lo acontecido durante el conflicto, que hacerlo en contextos donde el daño fue menor, y las marcas de ese pasado son menos evidentes.

Método

Diseño

Desde un enfoque cualitativo, y siguiendo una lógica exploratoria y comprensiva (Canales, 2006), se buscó comprender la manera que los(as) jóvenes de una comunidad desplazada hacen memoria del conflicto armado, y cómo este atraviesa su vida.

Territorio y Participantes

El estudio se realizó en la comunidad Nueva Trinidad, al norte de El Salvador, a finales de 2016 e inicios de 2017. Durante 1981 y 1982, este territorio sufrió operativos de “tierra arrasada”, que lo devastaron y obligó a desplazamientos forzados. En 1991

este espacio se repobló y fue reconstruido por población refugiada de los campamentos de Mesa Grande, Honduras (Audiovisuales UCA, 2005). La mayoría de su población adulta actual tuvo alguna vinculación directa y significativa con el conflicto armado.

En la actualidad, Nueva Trinidad se caracteriza por ser una comunidad rural, en condiciones socioeconómicas precarias, con un flujo significativo de migración irregular hacia Estados Unidos, dinámica que caracteriza a varios de los municipios del departamento de Chalatenango (Gaborit et al., 2012).

Los participantes fueron seleccionados mediante un muestreo dirigido (Hernández et al., 2014), a partir de cuatro criterios: edad (menores de 25 años, pues nacieron después del fin formal de la guerra), sexo (mujeres y hombres), lugar de pertenencia (originarios de Nueva Trinidad) y participación familiar en la guerra (directa: familiar que perteneció a la guerrilla; indirecta: familiar que no perteneció a la guerrilla, pero sufrió desplazamiento y refugio). Se obtuvo una muestra de 10 jóvenes, cinco mujeres y cinco hombres, con una edad promedio de 19 años, quienes nacieron en Nueva Trinidad entre 1993 y 2000. Para la decisión del total de casos se consideró el criterio de saturación del discurso (Canales, 2006).

Instrumento

Se utilizó la técnica de relatos de vida (Cornejo et al., 2008), la que fue acompañada de foto-elicitación (Harper, 2012). Los relatos de vida posibilitaron profundizar sobre el lugar que ocupa el conflicto armado en la historia de vida de los(as) jóvenes, a pesar de no haberlo vivido, y desarrollar un proceso de construcción de su “historia del conflicto armado”. La foto-elicitación favoreció la construcción de memorias que no hubiese sido lograda con la entrevista narrativa al estimular una memoria afectiva como anticipo a la narración del pasado (Hirsch, 2008). Esto fue evidenciado en la investigación de Voigtländer (2016) en El Salvador.

El proceso de construcción de los relatos de vida se basó en el diseño metodológico de Cornejo et al. (2013), a partir de dos sesiones de entrevista: en el primer encuentro, se les planteó

la consigna inicial “Cuéntame tu historia del conflicto armado”, la que fue acompañada de preguntas de profundización. Para la siguiente sesión, se solicitó la selección de fotos con la consigna: “Te pido el favor de traer de tres a cinco fotos, que te sirvan para contar tu historia del conflicto armado a personas dentro y fuera de tu comunidad”. Así, en el segundo encuentro se profundizaron temas pendientes y se implementó la foto-elicitación. Todas las fotografías utilizadas por los(as) jóvenes fueron de su propiedad.

Para garantizar la calidad de la producción de los datos, la aplicación de los relatos de vida fue acompañada de otras estrategias cualitativas, siguiendo un proceso de triangulación (Okuda y Gómez-Restrepo, 2005). En primer lugar, antes de empezar el proceso de producción de datos, se trabajó la subjetividad del investigador, siguiendo las recomendaciones de Cornejo et al. (2008) para la técnica de relatos de vida. Esto implicó una reflexión del vínculo personal del investigador con el tema a investigar, a través de la elaboración y reflexión de un auto-relato del conflicto armado con fotografías. Esto tuvo la finalidad de identificar elementos de la propia historia personal que podría condicionar los datos (historias familiares, sesgos ideológicos, etc.).

En segundo lugar, apegados a otra recomendación de Cornejo et al. (2008), se utilizó un cuaderno de campo durante todo el proceso. Dicho cuaderno sirvió para registrar puntos relevantes sobre las visitas a la comunidad en general, y sobre cada participante en específico, como datos a ser corroborados, temas a ser problematizados, y elementos sobre la relación establecida entre participante e investigador.

Por último, se realizaron entrevistas a actores clave, entre los que destacan líderes comunitarios, miembros de organizaciones sociales vinculadas al tema del conflicto armado, e investigadores del fenómeno de memoria social y nuevas generaciones. Esto sirvió para contrastar y enriquecer los datos producidos desde los relatos de los jóvenes entrevistados, procedimiento que garantiza una mejor calidad de los mismos.

Procedimiento

A finales de 2016 e inicios de 2017 se realizó el trabajo de campo en la comunidad Nueva Trinidad. La inmersión al terreno y acercamiento a los(as) participantes se hizo a través del contacto de un informante clave originario del lugar. Durante toda la investigación, se respetaron las normas éticas de la American Psychological Association (APA, 2017). De cada participante se obtuvo la firma de un consentimiento y asentimiento informado. Se garantizó la confidencialidad y el anonimato asignándoles nombres ficticios. Además, se compartió una copia de la transcripción de las entrevistas, la cual podían revisar y solicitar modificaciones al contenido.

Las transcripciones de los relatos de vida fueron ingresadas al software para análisis cualitativo ATLAS.ti. El análisis de los datos se realizó mediante un Análisis narrativo, siguiendo una perspectiva temática y estructural (Bernasconi, 2011). Con el análisis narrativo temático se buscó identificar el contenido de los relatos de vida, teniendo como guía la pregunta ¿qué se narra?, y considerando la secuencia de lo narrado con sus referencias temporales y espaciales. A partir del análisis narrativo estructural se pretendió responder la pregunta ¿cómo se narra?, atendiendo a los tonos narrativos, las posiciones adoptadas por el narrador, el tipo de historia contada, entre otros elementos. Además, se siguió una lógica singular (intra-caso), que permitió el abordaje de cada relato de vida por separado; y transversal (inter-caso), con lo cual se construyeron ejes analíticos temáticos emergentes propios de la diversidad de los datos (Cornejo et al., 2008).

Resultados

Procesos e implicaciones de hacer memoria de lo que no se vivió

En términos generales, los resultados evidencian que los(as) jóvenes, pese a no haber vivido el conflicto armado, construyen memorias propias de lo acontecido sin reproducir de modo literal lo que les han contado. En ellas relatan sobre personajes, hechos, disputas, espacios y temporalidades no solo del pasado de guerra, sino también del período de posguerra.

Así, en las narraciones sobre el pasado rompen con las delimitaciones temporales de la historia formal de la guerra ubicada entre 1980 y 1992, y junto a eso, se apropian del pasado, más aún cuando la trama alude a los sobrevivientes de la guerra. De este modo, relatan las dificultades durante la guerra, como el sufrimiento familiar producto del desplazamiento forzado, masacres, pérdidas familiares y participación guerrillera; pero también narran las implicaciones de comenzar una nueva vida luego del conflicto, con las secuelas del pasado vividas no solo por sus familiares y vecinos, sino por ellos mismos, quienes llegan a incluirse como personajes que sobreviven las dificultades también en la posguerra.

A continuación, más que profundizar en los contenidos de las narraciones de los(as) jóvenes, se reflexionará sobre los mecanismos que entran en juego en la construcción de memorias propias, donde la dinámica familiar y la comunidad anclada territorialmente se constituyen como sus condiciones de posibilidad.

Casi vivir el pasado: imaginación y empatía como mecanismos en la construcción de memorias

Cuando se promovió en los(as) jóvenes un proceso de construcción de memorias del conflicto armado, la mayoría se abocó en primera instancia a las historias de sus familias para narrar sobre ese pasado. Si bien relatan sobre otros hechos, son las experiencias de sufrimiento de madres, abuelos, tías, lo más significativo por transmitir.

mi abuela anduvo en guindas [desplazamientos forzados] cuando empezaba la guerra. Incluso, se le murió una hija en los brazos de ella, por una bala perdida. (...) A como pudo hizo un hoyo, la enterró a la hija y siguió ella, llorando... (Manuel, 21 años) siempre sufrieron bastante [su familia], porque mi mamá me cuenta historias de cuando salían que... los guerrilleros llegaban a decirles: "los militares vienen para acá, tenemos que movernos". Entonces a ellos les tocaba andar en cerros, potreros, quebradas. (Sergio, 20 años)

En este sentido, la trama sobre los sobrevivientes del pasado de guerra se nutre, precisamente, por memorias de sufrimiento familiar de carácter íntimo: el contenido es reservado, difícil de

hacerlo público en otros contextos; además, se caracteriza por ser fragmentado, con vacíos. Su forma de narrar no sigue un orden específico, los hechos van siendo contados al calor de la conversación, con vacilaciones y sin tanta fluidez. Las emociones en la narración son diversas y marcadas, desde tonos de alegría, tristeza, preocupación hasta enojo, lo que refleja que su condición de narradores se ve comprometida por ser hijos, nietas, sobrinos relatando sobre un dolor familiar.

La combinación de estos elementos evidencia que el conflicto armado les interpela pese a su condición de haber nacido después. Esa condición les condena, según los(as) jóvenes, a la vivencia inevitable de una brecha con respecto al pasado de guerra: ellos saben de la misma, mas no la vivieron, y no pueden discernir completamente lo que eso implica. Gisela, una joven de 16 años, reflexiona que la guerra “no es lo mismo que te la cuenten a como vivirla”, y de ello comparte su deseo de vencer la brecha mediante la experiencia imposible de “un instante de saber y vivir” la guerra.

En su intento de darle sentido a ese pasado, los(as) jóvenes precisan de la relación con aquellos que sí lo vivieron. Tanto la comunidad (personas y lugares) como la familia se caracterizan por ser un puente que facilita el acercamiento al pasado de guerra de los(as) jóvenes, a partir de un proceso de transmisión caracterizado como una “dialogía intergeneracional” (Reyes et al., 2015) que posibilita relaciones de aprendizaje (por ejemplo: saber sobre masacres, estrategias guerrilleras) y la emergencia de conflictos (por ejemplo: dudar de la honestidad de la guerrilla, indagar lo que pasó) con quienes vivieron directamente el pasado.

En este sentido, a pesar de que en el territorio hay distintas fuentes desde las cuales hacer memoria, la principal es la familia, y en ella, determinados miembros que juegan roles tanto de fuentes de relato, como de personajes protagónicos de las mismas historias que cuentan. En sintonía con los trabajos de Hirsch (2008) y Jara (2016), es evidente que el vínculo guerra-joven, que se manifiesta en sus memorias, no puede comprenderse sin el contexto familiar, pues su fuerza como fuente de relatos y espacio de transmisión de memorias se nota por su transversalidad tanto en el pasado de guerra y posguerra, como en el presente e incluso el futuro. Verónica refleja lo anterior cuando dice:

conocer sobre la historia de mi madre me hace como transportarme también hacia lo que ella vivió... aunque no había nacido, pero siento como que formé parte de esa historia también. (Verónica, 22 años)

Lo transmitido no se recibe de forma pasiva, los(as) jóvenes participan activamente más allá de la mera repetición, lo que desemboca en la construcción de memorias propias. Aquí entran en juego distintos mecanismos que posibilitan dicha construcción, y se ponen al servicio de la comprensión del pasado de sufrimiento experimentado por sus familiares y demás personas en la comunidad. Entre ellos destacan la *imaginación* y la *empatía*.

Respecto a la *imaginación*, esta implica un ejercicio consciente de re-crear mentalmente el pasado de guerra, para el caso, de dos maneras. Por un lado, es usada por los(as) jóvenes para verse ellos mismos en ese pasado no vivido, y operar allí como personajes, pues imaginan cómo pudo haber sido vivir la guerra, qué decisiones pudieron haber tomado y bajo qué roles. Llama la atención que ellos no se imaginan como simples espectadores, sino desplegando acciones en función de proteger a la familia o a la población civil. Puestos en el pasado como personajes, sorprendentemente las decisiones que toman no siempre están en sintonía con lo que hicieron sus familiares. Por ejemplo, Verónica “hubiera luchado con el pueblo”, pero no siendo guerrillera como su mamá lo fue. En el fondo, esto pone de manifiesto un trabajo de su parte, de pensarse desde su presente a partir de sus inquietudes y deseos, sin estar atados totalmente a las memorias de sus familiares. Se puede observar en la narración de Roberto cómo pone en juego este mecanismo, sumado a elementos empáticos:

hay ocasiones en que yo estoy hablando con ella [su mamá] y cuando veo que se pone sentimental, yo... lo que hago es que como que en mi mente me imagino las cosas, lo que ella ha pasado. Me da un sentimiento también, muchas veces hasta junto con ella a mí se me han rodado las lágrimas escuchando las historias de ella. (...) quizás si en aquel momento hubiera estado yo no sé cómo hubiera reaccionado. (Roberto, 23 años)

La cita de Roberto también ilustra que la imaginación está puesta en función de los otros, en este caso particular, en imaginar cómo pudo haber sido para sus familiares vivir las experiencias de guerra relatadas. Esto último guarda una relación estrecha

con la *empatía*, otro elemento que interviene en el proceso. Aquí se considera la empatía como el imaginar y buscar comprender la perspectiva de otras personas (Halpern y Weinstein, 2004), por lo que “depende, en buena medida, de la capacidad de la persona para ponerse en el lugar del otro e imaginar las vivencias y consecuencias de lo que les pasa a los demás” (Martín-Baró, 1985, p. 347). Los(as) jóvenes conectan empáticamente tanto con el presente como con el pasado de sus familiares. En el pasado, porque imaginan las situaciones límites que tuvieron que sortear para sobrevivir. Y en el presente, porque reconocen el malestar que a veces les causa traer a la memoria un pasado doloroso, el cual se comparte de manera vivencial, como si hubiese acontecido recientemente.

Landsberg (2009), al relacionar memoria y empatía, caracteriza a esta última con las propiedades de diferencia, distancia y contemplación, las cuales se identifican en el proceso de memoria aquí discutido. La propiedad de diferencia está presente entre familiares y jóvenes, ambos pertenecientes a generaciones distintas, sumado a que los primeros experimentaron situaciones límite, y los segundos solo pueden imaginarlas. Con relación al elemento de distancia, los(as) jóvenes se proyectan hacia el pasado de sus familiares con el ejercicio de recrear lo vivido y sentido en esos momentos. Ya Verónica lo caracterizaba al decir: “la historia de mi madre me hace como transportarme (...) hacia lo que ella vivió”, donde la idea de transportarse implica una distancia que busca ser cubierta. Precisamente, Hirsch (2008) identifica las memorias de la generación “pos” con características de proyección, imaginación y creación. Por último, la contemplación se observa en el interés y atención que los(as) jóvenes, como receptores de relatos, manifiestan hacia el pasado de familiares y vecinos.

Lo anterior es respaldo para interpretar que el proceso de colocarse intelectual y emocionalmente en la perspectiva de los familiares en el pasado y presente se vuelve un vehículo que promueve un acercamiento al pasado. A esto se suman también otros elementos como ciertas prácticas de indagación, entre las que destacan la visita a lugares donde sus familiares vivieron la guerra, y que ahora han sido transformados en “sitios de memoria”. Roberto, por ejemplo, comparte su experiencia al visitar un ex campamento guerrillero, donde juega a imaginarse con un fusil entre las manos:

[estaba] como imaginándome, como que si yo estaba en ese momento [de guerra]. Comparando lo que mi mamá me había comentado, (...) me lo estaba imaginando como que yo andaba allí en ese momento junto con ella... **¿Te sentiste como un guerrillero? (entrevistador)** Sí... llegué a sentirme así. Yo cuando llegué... no sé, pero eso es lo primero que se me cruzó en la mente (ríe). Cualquiera diría “este está loco”, pero en mi imaginación me ponía como que yo andaba un fusil... (Roberto, 23 años)

La cita también refleja la relevancia del vínculo familiar, pues el joven no se imagina solo, sino “junto” a su madre en ese espacio como escenario del pasado, lo que refuerza la idea del puente que acerca al joven a lo no vivido (como también lo promueve el territorio, como se verá a continuación). Con todo, tiene sentido hablar aquí de una “conexión profunda” entre la primera y segunda generación (Hirsch 2008), sostenida por la imaginación y la empatía como mecanismos presentes en la construcción de memorias de los(as) jóvenes que les posibilita “casi vivir” el conflicto armado.

Cotidianidad comunitaria y recurrencia del pasado de guerra en los(as) jóvenes

La comunidad no se queda atrás como una fuente que facilita la conexión con el pasado de guerra para los(as) jóvenes, y con eso la construcción propia de memorias. Se establece una relación importante entre la comunidad como territorio marcado por el conflicto armado y los(as) jóvenes en su condición de miembros de esta, y también como sujetos que han vivido las secuelas. Esa relación emerge en el relato de los sobrevivientes en el período de posguerra y la reconstrucción de Nueva Trinidad. Tal es el peso de este pasado que, en este punto, las memorias de posguerra de los(as) jóvenes se traslapan con el relato de su nacimiento y sus primeras vivencias en este periodo.

Por los relatos de los(as) jóvenes, no es difícil darse cuenta que parte constitutiva de la identidad de Nueva Trinidad es la vivencia del conflicto armado. Esto se manifiesta en la manera que sus habitantes se ven a sí mismos: como “gente sufrida” por la violencia, pero luchadora, sobreviviente. De igual manera, en sus formas de organizar el tiempo en conmemoraciones (fecha de repoblación, de masacres) y el espacio con sitios de memoria

(murales, letreros). Por lo mismo, desde instituciones como la iglesia católica, se tiene la tendencia explícita a “mantener viva la memoria” del conflicto armado, a través de actividades recurrentes a lo largo del año. Así lo hace saber Adriana:

hacen actividades [en la comunidad] de eso que cuentan toda la historia [de la guerra] cada año. Hacen una misa, después cuentan todos los testimonios las personas ... Ellas cuentan cómo fue la historia. Entonces yo las escucho y se me queda un poquito de todo lo que dicen... (Adriana, 16 años)

Se puede decir, entonces, que en Nueva Trinidad se han configurado “marcos sociales” (Halbwachs, 2004) con una peculiaridad propia que condiciona la forma que sus habitantes, y en concreto los(as) jóvenes, hacen memoria. Así, la cotidianidad comunitaria remite al pasado de guerra, el cual está presente en su forma de habitar el territorio, en las relaciones sociales y las instituciones, lo que concuerda con los estudios antropológicos de Das (2008) sobre cómo un acontecimiento violento permea una comunidad posteriormente.

El sentido de pertenencia experimentado por los(as) jóvenes no entra en conflicto con dicha identidad comunitaria. Al contrario, a través de sus memorias, ellos quieren resaltar todo el proceso de superación de sus familiares y vecinos, que se ha vuelto un modelaje sobre cómo afrontar las situaciones adversas en la vida. Llama la atención que esta historia de supervivencia no está delimitada por la fecha formal de finalización del conflicto armado en 1992. En realidad, las memorias de los(as) jóvenes también están compuestas por una narración del periodo de posconflicto, durante el cual aconteció el proceso de reconstrucción de la comunidad. En buena medida, esto es impulsado por lo significativo que es para ellos dar a conocer que su nacimiento tuvo lugar en dicho periodo de posconflicto, lo que implicó vivenciar experiencias adversas, así como las experimentaron sus familiares y vecinos en el pasado. Ellos se colocan también como personajes en esta parte de la trama, caracterizada por un período de “calamidad” por la crisis económica experimentada en las familias de Nueva Trinidad. Sergio lo describe:

no solo a nosotros [su familia], a toda la gente le ha tocado como volver a nacer, a salir de cero. Creo que la guerra fue como el centro de todo eso, que nos afectó a todos en general... (...) Estábamos en una calamidad terrible. (Sergio, 20 años)

Lo anterior refuerza la idea del vínculo joven-comunidad: una especie de enlace entre el sufrimiento de sus familiares y vecinos en el pasado de guerra y posguerra, y el de los(as) jóvenes en posguerra. Dan cuenta que la idea de ser “gente sufrida”, pero luchadora, aunque con algunas diferencias, les remite a sus vidas igualmente. Así, la inclusión como personajes de la trama de sobrevivientes se sustenta no solo en ser parte de las familias que vivieron la guerra en primera persona, sino también en su sentido de pertenencia a la comunidad; a su vez, dicha inclusión como personajes del relato es una forma de ser parte de la comunidad, de ese gran relato que versa sobre sus miembros como sobrevivientes (en su caso, personajes sobrevivientes de la “calamidad” del después). Alejandro cuenta lo que implica para él ser espectador de las marcas del pasado en sus vecinos, y la relevancia de conocer sus relatos:

a mí me inspiran [vecinos y amigos], porque los considero que fueron bien valientes... Y que hoy yo vea esa realidad de que ellos pasaron... fue un sufrimiento que te hace reflexionar... esa reflexión le ayuda [a uno] para actuar en forma positiva, para salir adelante y saber si hay otro hecho así... saber cuál es la mejor decisión... te da la certeza si podés pertenecer y luchar o no hacerlo... porque ves a tus amistades cómo están marcadas.
(Alejandro, 21 años)

El peso del pasado: conflictos y condicionamientos

La construcción de memorias de los(as) jóvenes no está exenta de conflictos, pues existen factores que tensionan la convivencia familiar y comunitaria. Para los(as) jóvenes no es fácil lidiar con su condición de haber nacido “después” y convivir con la interpelación del pasado de guerra a nivel familiar y comunitario. Sobre todo, si se reconoce la complejidad de las memorias familiares con sus vacíos, escasa fluidez, y marcada emocionalidad.

Aunque los(as) jóvenes estén expuestos constantemente a los relatos de familiares y vecinos, también perciben en estos ciertos malestares, renuencias y silencios a la hora de relatar. De ahí que intuyan que “no cuentan toda la historia”; una tendencia a callar el recuerdo que Pollak (2006) observó en sobrevivientes del Holocausto. La interpretación de los(as) jóvenes sobre esta situación se centra en que el recuerdo de ese pasado violento les duele, y hasta el día de hoy todavía “hay traumas”. Además, creen que sus familiares no quieren afectar la “calma” del presente, al

poner sobre la mesa recuerdos incómodos (por ejemplo, el haber asesinado mientras se era combatiente de la guerrilla). En todo caso, aunque existan contenidos de memoria que no se narran, aparece una especie de “silencios comunicativos”: también se cuenta a partir de las marcas en la gente (cicatrices, comportamientos) y los espacios (murales), que para ellos son símbolos que algo pasó.

Por esta dinámica compleja, en algunos casos, las memorias familiares entran en tensión con la dinámica comunitaria-institucional que insta a siempre recordar de manera abierta. Para los(as) jóvenes es más complejo trabajar las memorias familiares que les comprometen más, comparado con la tendencia a “mantener viva la memoria” de su comunidad. Como efecto, estas memorias íntimas, paradójicamente, posibilitan dos aspectos contradictorios entre sí: para algunos, los relatos de sufrimiento familiar funcionan como un impulso a seguir haciendo memoria de la guerra, ya que asumen este ejercicio como forma de validación y dignificación de lo sufrido; pero, para otros, este sufrimiento se vuelve un inhibidor a seguir recordando, pues hablar del tema implica reavivar heridas no sanadas y eso incomoda, a propósito de la vinculación empática con sus antecesores. Las citas siguientes de Gisela demuestran esta dinámica. Ella ve como “bueno” conmemorar, de manera general, el pasado de guerra y transmitirlo a las nuevas generaciones; sin embargo, más adelante en la entrevista, cuando se ahonda en la memoria de sus abuelos, paradójicamente, prefiere olvidar dicho pasado por el sufrimiento que conlleva rememorarlos.

es bueno celebrar todavía eso [hacer conmemoraciones], para que no se borre esa memoria histórica, y tenerlos presentes a las personas. ¿Y por qué sería necesario tenerlos presentes?

(entrevistador) Para que no se olvide, y que las nuevas generaciones lo vayan recordando, que siempre las nuevas generaciones lo vayan celebrando... ¿Y esos relatos [de los abuelos] los tratarías de seguir recordando? (entrevistador)

No... no quisiera recordarlos. ¿Por qué? (entrevistador) Tal vez, [por] lo mucho que sufrían [sus abuelos], o lo mucho que sufrieron las personas. Tal vez olvidarlo ya. (Gisela, 16 años)

Lo anterior es un indicador para pensar en posibles conflictos dentro de la familia, promovidos por los dilemas de contar o guardar silencio. La mayoría de jóvenes presenta un interés genuino por el pasado de guerra, sumado a una actitud indagatoria que les ha movido a preguntar o querer hacerlo en el futuro. Es comprensible, pues su intención es conocer las causas de la pérdida de familiares,

las razones de incorporarse a la guerrilla, y demás hechos contados a medias, para llenar esos vacíos pendientes. Ante este panorama, dos puntos de tensión se vuelven evidentes: uno, el choque entre los deseos de los(as) jóvenes por saber más del pasado familiar y la imposibilidad de sus parientes en ofrecer sus memorias; otro, las diferencias entre las dinámicas del contexto comunitario y familiar, ya que en el primero la tendencia está puesta a mirar el pasado sin vacilación, y en el segundo no. En ambos casos, la manera en que se afronten estos conflictos puede repercutir inevitablemente en las heridas que ya se cargan.

Con todo, pese a la configuración de estas tensiones, en varios de los(as) jóvenes la idea del conflicto armado en el futuro es caracterizada por una aceptación y apropiación del pasado, que se sostiene al comprender que este acontecimiento es y será también parte de ellos. Laura expresa con claridad la forma en que ella está tratando de encarar y conciliarse con la guerra que no le tocó vivir:

¿y creés que el conflicto armado va a estar en tu futuro? (entrevistador) Yo creo que es algo que siempre va a estar en mí... Aunque ya de diferente forma, con otro sentido. ¿Y quisieras, si pudieras, quitártelo? (entrevistador) Yo creo que no, porque es parte de mi origen, es parte de mí, de mi historia... más bien modificarlo, tomarlo como una experiencia, como la... historia de mi familia, de mi comunidad. Y tenerlo siempre presente y sentirme orgullosa de todo el proceso que ha vivido mi familia y cuánto nos hemos superado. Pero no olvidarlo, ni sacarlo de mí, porque es parte de mi identidad. (Laura, 19 años)

Conclusiones

La investigación evidencia que los(as) jóvenes, pese a no haber vivido el conflicto armado salvadoreño, construyen memorias propias de este, las cuales están en función de reducir la brecha entre saber y vivir el pasado, y con ello satisfacer la necesidad de darle sentido a la historia que atraviesa la vida de su territorio, su familia y la propia. El recorrido por la trama de memoria de los sobrevivientes da cuenta de ese carácter activo, donde su construcción es posible por el enlace de los(as) jóvenes con la comunidad que habitan, y también la conexión con sus familiares que sufrieron directamente la guerra.

Aquí entran en juego mecanismos dinámicos (imaginación, empatía, etc.) con los que se acercan al pasado y llenan vacíos. No reproducen los relatos que circula en la familia y comunidad: interrogan, disienten, rompen el tiempo formal, no siguen una linealidad, etc. Por lo mismo, hacen una lectura del pasado desde su posición de jóvenes de posguerra en circunstancias diferentes, lo que refleja un rol activo en el espacio relacional con otras generaciones. Dicho espacio relacional no se da en el vacío, al contrario, el territorio donde ellos se han socializado es indispensable como condición de posibilidad: la cotidianidad comunitaria remite al pasado de guerra, presente en la forma de habitar dicho territorio, en las relaciones sociales y las instituciones. Además de la palabra, hay marcas en las personas (cicatrices, comportamientos) y los espacios (murales, letreros) como escenarios del pasado.

Asimismo, las memorias tienen implicaciones en la convivencia familiar, donde favorecen una conexión afectiva e intelectual, facilitada por la empatía y validación del sufrimiento. No obstante, también puede haber tensión por la indagación del pasado por los(as) jóvenes y la dificultad de contar en la familia. De igual manera, las memorias conllevan implicaciones en la convivencia comunitaria, donde recordar el pasado se vuelve punto de encuentro en lo público (conmemoraciones), fortalece la identidad, y ofrece formas de operar comunitariamente para sobrevivir (relaciones colaborativas). Sin embargo, puede tensionar la insistencia de recordar en contraposición a la dinámica familiar donde no siempre es fácil evocar el recuerdo. De acuerdo con estos hallazgos, las formas de abordar estas tensiones desde iniciativas públicas y privadas tendrán repercusiones en las familias, la comunidad y el país.

Para futuras investigaciones, si se continúa con la metodología de relatos de vida, se recomienda hacer una sesión más de entrevista, ya que en este estudio se identificó que las entrevistas provocaron el interés por indagar sobre la guerra a partir de preguntas a sus familiares. De igual forma, se recomienda el uso de metodologías grupales, donde se explore la construcción colectiva de memorias entre sujetos de la misma generación, y también de otras. Esto posibilitará identificar más a fondo mandatos culturales instaurados en su comunidad, más allá de los elementos personales y familiares; además, daría cuenta de la dinámica entre generaciones, con puntos en tensión y concordancias.

Asimismo, se insta a realizar estudios comparativos entre distintos contextos comunitarios, con el fin de caracterizar de qué manera dicho contexto condiciona las memorias; es posible que con ello se identifiquen otros elementos como el estigma, por ejemplo. En esa misma línea, se recomienda investigar a jóvenes pertenecientes a familias vinculadas a la Fuerza Armada, el otro bando en contienda. Con ello se tendría un acercamiento a otras memorias poco exploradas, lo que puede aportar elementos importantes sobre cómo se interpreta el pasado en estos otros actores, en función de una reconciliación social.

El presente estudio es una clara evidencia de la relevancia de las nuevas generaciones en la construcción de memorias en los territorios, como un actor social con voz propia y legítima. En esa línea, los hallazgos aportan elementos importantes a la hora de hacer investigaciones e intervenciones psicosociales sobre la temática. Primero, se evidencia la necesidad de asumir en clave intergeneracional la reparación psicosocial de las familias y la comunidad, afectadas por acontecimientos violentos como el conflicto armado salvadoreño. Segundo, los resultados sugieren que se debe considerar las diferencias de las dinámicas familiares y comunitarias al hacer memoria: un abordaje comunitario debe acompañar las dificultades de recordar en las familias, sin imposiciones. Por último, es importante promover un abordaje que complemente los trabajos de conmemoración y testimonio con espacios de reflexión sobre el origen, desarrollo y consecuencias del conflicto armado, en función de acciones políticas desde las nuevas generaciones dentro y fuera de la comunidad.

Referencias

- Achugar, M., Fernández, A., y Morales, N. (2013). Re/constructing the past: How young people remember the Uruguayan dictatorship. *Discourse & Society*, 24(3), 265-288. <http://doi.org/10.1177/0957926512471758>
- Aguilar-Forero, N. (2017). Jóvenes, memorias y comunidades emocionales: la experiencia de H.I.J.O.S. y de Contagio en Bogotá, Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, (62), 42-53. <https://dx.doi.org/10.7440/res62.2017.05>
- American Psychological Association. (2017). *Ethical Principles of Psychologists and Code of Conduct*. <https://www.apa.org/ethics/code>

- Aranguren, J. P. (2008). El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha). *Nómadas*, (28), 20-33. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105112131003>
- Arias, L. R., y Roa, C. P. (2015). Implicaciones del sufrimiento en niñas, niños y adolescentes víctimas del conflicto armado para pensar la memoria y la reparación en clave intergeneracional: apuestas conceptuales. *Prospectiva*, (20), 115-140. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i20.936>
- Arnosó, M., Cárdenas, M. y Páez, D. (2012). Diferencias intergeneracionales en la mirada hacia el pasado represivo chileno. *Psicología Política*, 45, 7-26. <https://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N45-1.pdf>
- Audiovisuales UCA. (2005). *Nueva Trinidad: Una historia escondida*. El Salvador. <https://www.youtube.com/watch?v=LZjY9PdJSNw>
- Bernasconi, O. (2011). Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. *Acta Sociológica*, (56), 9-36. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2011.56.28611>
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social*. Lom Ediciones.
- Castillo-Gallardo, P., Peña, N., Rojas Becker, C., y Briones, G. (2018). El pasado de los niños: Recuerdos de infancia y familia en dictadura (Chile, 1973-1989). *Psicoperspectivas*, 17(2). <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol17-issue2-fulltext-1180>
- Castro, G. (2007). Jóvenes: La identidad social y la construcción de la memoria. *Última Década*, 15(26), 11-29. <https://www.scielo.cl/pdf/udecada/v15n26/art02.pdf>
- Cornejo, M., Mendoza, F., y Rojas, R. C. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico. *Psykhe (Santiago)*, 17(1), 29-39. <http://doi.org/10.4067/S0718-22282008000100004>
- Cornejo, M., Reyes, M. J., Cruz, M. A., Villarroel, N., Vivanco, A., Cáceres, E., & Rocha, C. (2013). Historias de la dictadura militar chilena desde voces generacionales. *Psykhe*, 22(2), 49-65. <http://doi.org/10.7764/psykhe.22.2.603>

- Das, V. (2008). El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad. En F. Ortega (Ed.), *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 217-250). Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humana; Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Del Pino, P. y Jelin, E. (2003). *Luchas locales, comunidades e identidades*. Siglo XXI
- Dobles, I. (2009). *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. Editorial Arlekin.
- Faúndez Abarca, X. y Hatibovic Díaz, F. (2016). La metáfora del viaje del héroe en la narración de nietos de expresos políticos: la postmemoria de la prisión política y tortura en Chile. *Revista de Estudios Sociales*, (56), 104-115. <https://dx.doi.org/10.7440/res56.2016.08>
- Gaborit, M. (2006a). Memoria histórica: relato desde las víctimas. *Pensamiento Psicológico*, 2(6), 7-20. <https://www.redalyc.org/pdf/801/80100602.pdf>
- Gaborit, M. (2006b). Memoria histórica: revertir la historia desde las víctimas. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 61(693-694), 663-684. <https://doi.org/10.51378/eca.v61i693-694.3634>
- Gaborit, M., Zetino, M., Brioso, L. y Portillo, N. (2012). *La esperanza viaja sin visa: Jóvenes y migración indocumentada en El Salvador*. UNFPA-UCA.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos Editorial; Universidad de Concepción; Universidad Central de Venezuela (Trabajo original publicado en 1925).
- Halpern, J. y Weinstein, H. 2004. Rehumanizing the Other: Empathy and Reconciliation. *Human Rights Quarterly*, 26(3), 561-583. <https://doi.org/10.1353/hrq.2004.0036>.
- Harper, D. (2002). Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies*, 17(1), 13-26. <https://doi.org/10.1080/14725860220137345>
- Heller, Á. (1970). *Sociología de la vida cotidiana*. Península.
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. (2014). *Metodología de la investigación* (6ª Ed.). McGraw-Hill.

- Hirsch, M. (2008). The Generation of Postmemory. *Poetics Today*, 29(1), 103-128. <http://doi.org/10.1215/03335372-2007-019>
- Hite, K. (2016). Teaching the Politics of Encounter: Empathic unsettlement and the outsider within spaces of memory in Chile. *Radical History Review*, (124), 217-225. <http://doi.org/10.1215/01636545-3160086>
- Hume, M. (2008). El Salvador: The Limits of a Violent Peace. In M. Pugh, N. Cooper, y M. Turner (Eds.), *Whose Peace? Critical Perspectives on the Political Economy of Peacebuilding* (pp. 318-333). Palgrave Macmillan UK. https://link.springer.com/chapter/10.1057/9780230228740_19
- Jara, D. (2016). *Children and the Afterlife of State Violence: Memories of Dictatorship*. Palgrave Macmillan US. <http://doi.org/10.1057/978-1-137-56328-6>
- Jelin, E. y Sempol, D. (2006): *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Siglo XXI.
- Jelin, E. (2012). *Los trabajos de la memoria* (2° Ed.). Instituto de Estudios Peruanos.
- Krämer, M. (2009). *El Salvador, unicornio de la memoria* (2° Ed.). Museo de la Palabra y la Imagen.
- Landsberg, A. (2009). Memory, Empathy, and the Politics of Identification. *International Journal of Politics, Culture, and Society*, 22(2), 221-229. <http://www.jstor.org/stable/40608227>
- Lara Martínez, C. B. (2018). *Memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango*. UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1985). *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica* (2° Ed.). UCA Editores.
- Montalvo, P. L. (2006). Recuperación de la memoria histórica: actitudes de la población salvadoreña. *Estudios centroamericanos (ECA)*, 61(693-694), 685-700. <https://doi.org/10.51378/eca.v61i693-694.3635>
- Okuda, M. y Gómez-Restrepo, C. (2005). Métodos en investigación cualitativa: triangulación. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 34(1), 118-124. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502005000100008

- Ospina, A. (2010). *El papel de las mujeres en la recuperación de la memoria histórica en torno al conflicto armado en El Salvador* (tesis de maestría). Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), Antiguo Cuscatlán, El Salvador.
- Orellana, C. (2005). Discurso oficial y reparación. En Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 169-222). UCA Editores.
- Piper, I. (2002). Memoria colectiva y relaciones de género: ¿Prácticas de dominación o resistencia? *Realidad*, (85), 31-43. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i85.4057>
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.
- Portillo, N. (2005). Juventud y trauma psicosocial en El Salvador. En Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 249-289). UCA Editores.
- Raposo, G. (2012). Territorios de la memoria: La retórica de la calle en Villa Francia. *Polis, Revista Latinoamericana*, 11(31), 203-222. <http://doi.org/10.4067/S0718-65682012000100012>
- Reyes, M. J., Cornejo, M., Cruz, M. A., Carrillo, C., & Caviedes, P. (2015). Dialogía intergeneracional en la construcción de memorias acerca de la dictadura militar chilena. *Universitas Psychologica*, 14(1), 255-270. <http://www.scielo.org.co/pdf/rups/v14n1/v14n1a22.pdf>
- Reyes, M. J., Cruz, M. A. y Aguirre, F. (2016). Los lugares de memoria y las nuevas generaciones. Algunos efectos políticos de la transmisión de memorias del pasado reciente de Chile. *Revista Española de Ciencia Política*, 41, 93-114. <http://dx.doi.org/10.21308/recp.41.04>.
- Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi: quaderns de comunicació i cultura*, (25), 189-207. <https://raco.cat/index.php/Analisi/article/view/15057>
- Silva, D. F. (2014). Acerca de la relación entre territorio, memoria y resistencia. Una reflexión conceptual derivada de la experiencia campesina en el Sumapaz. *Análisis Político*, 27(81), 19-31. <http://doi.org/10.15446/apol.v27n81.45763>

- Van Alphen, E. (1999). Symptoms of discursivity: experience, memory, and trauma. En M. Bal, J. Crewe & L. Spitzer (Eds.), *Acts of memory. Cultural recall in the present* (pp. 24-38). University Press of New England.
- Vázquez, F. (2005). Construyendo el pasado: la memoria como práctica social. En Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 109-143). UCA Editores.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Paidós.
- Voigtländer, L. (2016). Guerrilla en la mente: memoria y fotografía en los discursos de la segunda generación en Morazán, El Salvador. En M. Contreras Saiz, T. Louis y S. Rinke (Eds.), *Memorias y conflicto. Memorias en conflicto. Intercambios metódicos y teóricos de experiencias locales latinoamericanas* (pp. 247-278). Verlag Hans-Dieter Heinz, Akademischer Verlag Stuttgart.